
La teología política de John Henry Newman

Elio A. Gallego García
Madrid – CEU Ediciones, 2023
ISBN: 9788419111517

Este trabajo de Elio Gallego García se centra en un aspecto del pensamiento de Newman, que no es quizás el más conocido: su postura teológico-política. La reciente canonización de Newman se presta como oportuna ocasión para que su mirada ilumine nuestra realidad actual.

La tesis principal de la obra es mostrar la lucha newmaniana contra el liberalismo a lo largo de toda su vida. Su propósito queda cumplido al cabo de los tres capítulos con toda claridad, y acompañado de epígrafes de San Basilio, a los que volver para rumiar su sentido.

El deísmo liberal, afirma el autor en la introducción, "no sería sino una fase inicial de un proceso conducente al ateísmo, concluyendo este en un ateísmo activo y promotor de una cultura social y política fuertemente antirreligiosa y nihilista" (p.24).

Gallego García entiende que la cuestión de la libertad, de su idea y del lugar que ocupa en el hombre y en la sociedad, es la cuestión central en la época de Newman, que es nuestra época. Le debemos al cristianismo el conocimiento de la libertad interior, la libertad de conciencia, significando un "salto cualitativo en la historia de la humanidad, que dio su forma definitiva a la tradición de la libertad", citando a Dalmacio Negro. La cuestión es entender la concepción de libertad que hay detrás de lo "liberal". El liberalismo aquí rechazado es el racionalista e individualista.

En el estudio de Gallego García no falta evidencia de que una de las grandes preocupaciones de Newman, ya incluso desde su etapa anglicana, era bregar por la *libertas Ecclesiae*. A esta dedica el primer capítulo. Newman siempre tuvo la convicción de que la *Iglesia* tenía derechos que el Estado no podía violar (p. 29), por su carácter sobrenatural y trascendente. Hubo de reconocer que la llamada Iglesia de Inglaterra había nacido como un acto del poder político (p. 36).

Es indiscutible el primado de la conciencia en Newman, que en esto sigue la tradición católica: el carácter incondicional de obedecer la propia conciencia, aun si esta fuese errónea. Como dice elocuentemente Gallego García: "una

reivindicación del 'yo' en el pensamiento de Newman, pero que concilia lo que parecía irreconciliable: un "yo" que declara su absoluta autonomía y la soberanía absoluta de Dios sobre este mismo "yo". En Newman, *yo y Dios*, Uno y Otro, y no el uno sin el Otro. El liberalismo combatido por Newman es la autonomía absoluta de la libertad individual, "ser cada uno su propio señor en todo" y "profesar lo que le venga en gana sin pedirle permiso a nadie". Por eso, la libertad buscada por Newman es una "libertad reconciliada con la verdad" (p. 65), que es una gracia más que un esfuerzo del hombre.

La libertas Ecclesiae tendrá que ver también con su carácter público, pues como dice el autor, un mero agregado de individuos que tienen una fe estrictamente privada no constituye una Iglesia. Es esencial a la Iglesia su dimensión comunitaria.

"El tiempo histórico inaugurado por la Revolución francesa no se ha cerrado en absoluto, sino que, por el contrario, permanece inconcluso" (p.76), dice Gallego García. Por lo que en el capítulo segundo dedicado a "Newman y el liberalismo" explicará en qué sentido Newman se puede decir "conservador". Interesante es la oposición del autor entre el latín *conservator* y *corruptor*, como claves de lectura para entender estas dos alternativas políticas. "Vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado frecuentemente", dice el converso inglés célebremente. Busca la preservación de una forma originaria (*type*) y descarta, por tanto, un inmovilismo de quienes se buscan a sí mismos y son conservadores de sí mismos.

Valiosa la cita de Newman: "Yo tengo la clara percepción de que el catolicismo está más seguro y más libre bajo un régimen constitucional, tal como el nuestro, que bajo cualquier otro" (p. 91). Bajo una Constitución libre, no será el Gobierno quien ejecute los grandes hechos, sino los individuos, o el conjunto de la Nación, pero no el Estado, explica Gallego García. "La más sabia política es, hasta donde ello sea posible, dejar a la gente que actúe por sí misma", dice Newman.

Gallego García zanja la cuestión con estas palabras: "El problema del liberalismo es creer que puede existir una sociedad libre sin un fundamento religioso, porque considera que un orden político justo se sostiene sobre sí mismo". La deslealtad moderna, como podría llamarla Guardini, tenía en su germen el nihilismo y la disolución, por cortar de raíz valores que se nutrían de una experiencia profundamente religiosa.

En el tercer capítulo es convocado a la reflexión Donoso Cortés, quien para el autor comparte una esencial afinidad con Newman. Ambos identifican el problema de su tiempo en el *racionalismo* o *liberalismo*, hablemos desde la

filosofía o desde la política (p. 116). Donoso señala también que el origen de los desvíos del mundo es relegar a la Iglesia a su santuario y que el hombre se consagre solo a los intereses materiales. Es profundo el tratamiento del pecado original y sus consecuencias políticas en Donoso Cortés, y es citado también Augusto Del Noce, que reconoce en el rechazo de toda trascendencia el origen del ateísmo.

La alternativa que traza este trabajo es la de una sociedad edificada sobre criterios religiosos, y otra sobre criterios exclusivamente humanos. Las voces de otros autores más recientes en las que se apoya Gallego García, muestran la actualidad y dramaticidad del planteo. Si fue este el punto de partida del hombre moderno para Cornelio Fabro: "Dios, si existe, no interesa", hoy asistimos a la fría y nítida sentencia de Mark Lilla: "Hemos decidido que la luz de la revelación no ilumine nuestra política" (p.103).

¿Cómo trazar puentes con quienes toman esa decisión? ¿Cómo hacer para que no se derrumbe del todo una sociedad cuyos fundamentos están tan heridos? ¿Cómo rescatar todavía lo sagrado?

Gallego García intenta transmitir esperanza concluyendo con una coincidencia de Newman y Donoso: la elevación de la mirada a los santos. La salvación no viene de un sistema, o de individuos voluntariosos, sino de "un puñado de personas dotadas de una gracia sublime".

*María Carolina Riva Posse
carorivaposse@hotmail.com*